

que contestó que era una costumbre entre los de su nacion; pues desde de la destruccion del templo, la mansion de todo judio debia siempre, por algun lado, recordar la de la Casa Santa. Si entendieseis nuestra lengua, me dijo, leeriais en aquella pared arruinada, estas palabras, sacadas del mejor de nuestros Salmos: *Antes me olvide yo de mí mismo, que te olvide, ¡Oh Jerusalem!*

Entramos despues en casa de Mr. Jonatás; todo el adorno de esta era sencillo y aseado: no habia pinturas ni esculturas; pero un papel de buen gusto vestia las paredes, y las sillas eran de tafíete y maderas de color. Jonatás tenia seis hijos, cuatro varones y dos hembras, de los cuales el mayor tenia ocho años. Todos vinieron á abrazar á Madama Ester, y ponerse de rodillas delante de su padre, quien los bendijo, los besó, y los despidió para que fuesen á jugar al jardin. Os sorprenderán, me dijo, estás señales exteriores de respeto filial, tal vez excesivas á vuestro parecer; pero nosotros hemos creído siempre que en nuestra nacion convenia mucho el conservarlas; pues como nuestras leyes restringen tanto la autoridad paterna, es menester que miéntras esta es más limitada por las leyes, se amplié por nuestras costumbres.

Miéntras que me decia esto, dos criadas católicas, que componian toda su familia, pusieron la mesa y prepararon la comida. Madama Ester entraba y salia con frecuencia para cuidar, segun yo reparé, de que en ella se guardasen todos los preceptos de la ley Mosaica, como son que no se sirva conejo, cerdo, ni liebre, manteca de vaca, ni cordero, leche y carnes en una misma comida; que se maten siempre los animales que se puedan comer de modo que no quede gota de sangre; en fin, que se observasen otra porcion de cosas, por las que los cocineros tienen que consultar un formulario.

El temor de que viniese de repente Madama Ester me hizo no decir mi modo de pensar á Mr. Jonatás sobre todas estas cosas; y lo acerté, pues no tardó en volver con sus hijos. Dispuesta la comida, todos se lavaron las manos; Jonatás recitó un Salmo, despues tomó un pan entero, lo bendijo al tiempo de partirlo y nos ofreció á todos; concluidas estas ceremonias volví á entablar la conversacion, preguntándole á qué número ascendian los hebreos que estaban en la actualidad dispersos en la redondez del globo. Este cálculo, me respondió, no es fácil el hacerlo; pues si apénas puede sacarse la cuenta exacta de los habitantes de un solo imperio,

cuanto más difícil debe ser enumerar los individuos de un pueblo que está esparcido en las cuatro partes del mundo, y que casi en todas viven escondidos; pero esto no obstante, si se añade al gran número de judíos que hay establecidos en Europa los que viven en el Asia desde Constantinopla hasta Pekin, que son muchísimos, los que habitan en las costas del Africa y en algunas partes de América, creo casi como cierto que pasarán de cinco millones de individuos. Tal vez esta cuenta os parecerá exagerada; pero cesaría vuestra admiración si conociéseis nuestras costumbres y nuestras leyes: estas nos prescriben el matrimonio aun antes de cumplir veinte años: á todo hebreo que á esta edad no elige una mujer, se le mira como si viviese encenagado en el crimen. A nuestros hermanos del Oriente les es permitida la poligamia, y en todas partes nos lo es el divorcio; esta es una de las razones porque nuestra población es tan numerosa; á esto contribuye y no poco, el que nosotros naturalmente somos sobrios, laboriosos, moderados; que nadie guarda tanto la fé del matrimonio como los hebreos; que jamás somos soldados, y que tal vez somos los únicos que en Europa se ven libres de dos males, que contribuyen mucho á la destrucción

de la especie humana, como son la guerra y la disolución.

Si no hubiera estas causas tan poderosas para el prodigioso aumento de nuestra población, con las persecuciones que hemos sufrido en todas partes, y después de tantos judíos como han sido víctimas de estas, la raza se hubiera acabada ya. Estas mismas persecuciones, que han disminuido tanto el número de nuestros hermanos, han contribuido á que entre nosotros haya más unión. Cuando estábamos en nuestra Palestina, mandados por nuestros Reyes y nuestros grandes Sacerdotes, nos perjudicábamos unos á otros, no observábamos nuestra ley, y edificábamos templos á los idolos; pero después que no tenemos ni Sacerdotes ni templo, después que es menester exponerse á morir para obedecer á nuestro Dios, le somos mucho más fieles, y nos acordamos con más frecuencia de que él nos manda que nos amemos. ¡Ah! Este es el único consuelo que disfrutamos en el día

Extranjeros en todos los países, inhábiles para los empleos, sin podernos mezclar en asuntos políticos, la única ambición que podemos tener, y el solo placer que nos queda, es el ser buenos esposos, buenos padres, y sustituir en nuestra felicidad doméstica todas las demas á que antes

aspirábamos, para minorar de este modo la pena que trae consigo el general desamparo en que vivimos. Uno de mis mayores consuelos es el obedecer, con cuanto zelo puedo, el precepto de la limosna. En algunas ciudades populosas de Europa se ven muchos pobres; pero jamás á un hebreo se le encuentra pidiendo limosna; pues en cualquier paraje donde nos reunimos á vivir, juntamos un fondo ó bolsa comun, que sirve para socorrer á nuestros hermanos indigentes.

Las leyes de todos los países nos prohíben tener bienes raíces, y no obstante esto somos bastante ricos; siendo el origen de nuestros caudales, no la usura, como muchos dicen, sino la actividad, el amor al trabajo, la necesidad de mantenerse con ménos bienes que los demás, y el conocimiento particular del comercio, que es como adherente á todo hebreo: este conocimiento fué el que en tiempos todavía de barbarie nos hizo inventar las letras de cambio, y nos hizo los factores de todo el universo, en que estábamos dispersos, y contribuyó más de lo que se cree á formar los primeros lazos, que después han unido entre sí á todas las naciones de Europa; y así en cierto modo debemos nuestras riquezas á la opresión que hemos padecido, así como de-

bemos á esta misma, en mucha parte, nuestra población y amor fraternal.

Pero no obstante todas vuestras quejas, le reconvine, las persecuciones que tanto declamais han calmado infinito, y no faltan países en que gozais todos los privilegios de ciudadanos. Nos dejan vivir, me respondió, con bastante tranquilidad en Polonia y en algunos cantones de Italia; en Inglaterra, y sobre todo en Holanda, somos aun más que tolerados. Profesamos públicamente nuestro culto, tenemos sinagogas, en las que nuestros rabinos (que son los Doctores de la ley) nos exhortan á las virtudes y á la pureza; reprenden á los que no guardan el sábado, casan, sentencian los divorcios; y, en una palabra, esplican la ley; esplicacion que no solo pide un profundo conocimiento de los libros de Moyses, sino tambien del *Talmud*, obra que veneramos mucho, por es la recopilacion de todas opiniones y las tradiciones que componen nuestra *ley oral*. (1) Nosotros tenemos por sábios á los que hacen un particular estudio de este

(1) Los escritores que hablan de esta produccion monstruosa, ponen una larga lista de errores y supersticiones vergonzosas que hay en ella.

Talmud, que en realidad no es otra cosa que el código civil y canónico de los hebreos. No me toca hablar delante de un cristiano del mérito de esta ciencia; por desgracia es la única que tenemos, no obstante que hay algunos autores que se han aplicado á la Astronomía, á la Gramática, y á la Medicina: otros no se han dedicado á otra cosa que á la controversia. Nuestra literatura puede decirse que casi es ninguna, por lo que no satisfasia vuestro buen gusto una biblioteca hebrayca.

A pesar de todo esto hemos tenido academias célebres, y aun tenemos escuelas en los parajes en que se nos permite tener sinagogas. En los que no se toleran estas, nos reunimos en una sala, cuyo alquiler pagamos en comun: en esta no hay otros muebles que algunos bancos, una mesa y un armario colocado al lado del Oriente. Este, que sirve para representarnos tan pobrementel a famosa arca guarnecida de planchas de oro, encierra los cinco libros de Moysés, manuscritos en pergamino, con tinta hecha á propósito. Estos no están encuadernados como los demas libros, cinco copiados en pergaminos enteros; cosidos de un extremo á otro, no con hilo, sino con nervios de un animal puro; se enrollan en dos palos, y el lio se erubre con un rico velo,

bordado por los maestros más hábiles del oficio. En nuestras juntas se subasta el honor de ser el portador de este volumen desde el armario en que se encierra hasta la mesa en que se pone para leer algunos pasajes de él; y lo que produce este arbitrio se destina á beneficio de los pobres. Los hombres sentados en los bancos, y las mujeres en una galería con celosias, asisten á la lectura, y cantan nuestros Salmos hebreos. Esto es lo que conservamos del famoso templo de Salomon.

¿De este modo le pregunté, celebráis vuestras fiestas?—Nuestras fiestas, me contestó, no podrán celebrarse jamas sino en Jerusalem; pero hacemos un bosquejo de ellas siguiendo nuestro almanaque, que tenemos cuidado de renovar todos los años. Ademas del sábado, son numerosas nuestras solemnidades; todas tienen relacion con las grandes épocas de nuestra historia; tales como el *Purim* por la libertad de los judíos por Ester; el *Hanucca*, por las victorias de los macabeos; y otras muchas, entre las que no dudo os llamaría con particularidad la atencion el *Quipour*, ó la expiacion, que se hace en memoria del dia en que Moysés, despues de haber obtenido el perdón por la idolatria del becerro de oro, bajó de las montañas con las ultimas tablas de la ley. Este dia guardamos el ayuno

más austero; vamos á la sinagoga desde la aurora, para no salir de ella hasta la noche, vestidos de luto, con los cabellos y barba desordenados. Allí exclamamos todos: *¡Oh Dios nuestro! misericordia: hemos pecado: hemos hecho mal: somos justamente castigados: misericordia, Dios de bondad.* Todos confiesan lo que creen que deben reprocharse, y todos piden misericordia al Señor y á sus hermanos. En este dia se olvidan las discordias, se perdonan las quejas antiguas y las injurias de las que cada uno se acusa con un vivo arrepentimiento, y todos se abrazan sin poder contener las lágrimas. El espectáculo que presenta una multitud de hombres que lloran al mismo tiempo sus faltas, y piden con fervor volver al camino de la virtud, solo se ve entre nosotros; y si lo presenciaseis, no dudo que al mismo tiempo que sorpresa os causaria compasion.

Perdonadme que me haya detenido tanto en esta conversacion; pues os he dado tal vez más noticias de los judíos que las que queriais tener; pero me habeis parecido demasiado condescendiente, y lo último que se piensa cuando se habla con gentes de buena índole es el que se les puede incomodar.

Respondí á Mr. Jonatás, que no me habia mo-

lestado; y autorizado con la confianza que le merecí, le pregunté de qué trataba el manuscrito que le habia visto leer aquella misma mañana; á cuya pregunta tomó la palabra la hermosa Ester, diciéndome que era un poema que su padre le habia dejado al tiempo de morir, y que se conservaba en su familia más hacia de diez generaciones, pasando de una á otra: que se ignoraba quien fuese su autor; pero que su padre, que era un rabino muy instruido, creia que lo habia hecho un recabita, retirado á la otra parte del Jordan, en el tiempo en que la desgraciada Jerusalem, sitiada por los romanos, se veia víctima de las facciones interiores, á cuya opinion da mucha fuerza lo que dice el autor al principio del Poema, dirigiéndose á los hijos de Zelfa, esto es, á los de la tribu de Gad. Pero sea así ó no, nosotros lo leemos con frecuencia, porque hallamos en él una pintura de las virtudes que quisieramos practicar. No dudo que os interesase mucho si entendieseis el hebreo, y que además quedariais convencido de que hay libros de judíos, cuyas hojas no están teñidas en sangre.

Jonatás me dijo que estaba traduciéndolo al frances, y me ofreció darme á leer su traduccion luego que estuviese concluida; oferta que acepté

reconocido, y no tardé en despedirme de esta amable y honrada familia, de quien no me separé con indiferencia.

Tres años despues de este pasaje, recibí la traduccion del Poema hebreo con una carta de Jonatás, en que me decia que él y su mujer dejaban aquel país, agitado entónces de grandes turbulencias, para ir á establecerse al Cayro, dejando á mi arbitrio disponer de ella: luego que la ví me pareció que podia interesar á los pocos ociosos, que no se desdeñan de leer una obra que sea agradable y moral al mismo tiempo; y valiéndome de la licencia que me dió, corregí algunos yerros que tenia el frances lo mejor que me pareció, y me resolví á hacer imprimir su libro.

Si el público no lo admite favorablemente, Jonatás no lo sabrá; pero si merece buena acogida, se lo escribiré al Cayro.

ELIEZER Y NEFTALI,

POEMA.

CANTO PRIMERO.

Hijos de Zelfa, vosotros que llorais delante del Señor vuestras fatales discordias: vosotros que, solos en Israel, no habeis olvidado que formamos un pueblo de hermanos, reunios á mí. Venid, familia, ya por desgracia poco numerosa, venid al hermoso valle que rodean los montes de Gacaad; allí á la sombra de los antiguos cedros, y apoyados sobre las rrcas, que tambien sirvieron de apoyo á nuestros padres, hablaremos de su felicidad, y aun más que de esta de sus virtudes. Nos acordaremos de aquellos dichosos siglos en que las tribus reunidas